

mi
020

210

Biblioteca Infantil Argentina

CACHO

POR

ADA M ELFLEIN

20.196.

CON ILUSTRACIONES

EL UNIVERSO
LIBRERÍA
271-FLORIDA-271
FOTOGRAFÍA Y LITERARIA
BUENOS AIRES

▽
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EMPRESA EDITORIAL «UNIVERSO»

CASILLA CORREO NÚM. 1687

BUENOS AIRES

1918

Propiedad registrada
de acuerdo con la ley
N.º 7092.

(Prohibida su reproducción)



E

RA día de feria y José Palma, con un peso y algunos centavos en el bolsillo, iba a hacer las compras para la familia. Y eso era asunto serio, porque la madre de José trabajaba día y noche en su pequeño taller de modista desde que quedó viuda, para poder educar a sus tres hijos, el muchacho y dos niñas menores. Vivían en un barrio pobre y apartado de Buenos Aires, y la clientela se componía exclusivamente de gente humilde que exigía poco y pagaba menos. De manera que los pesos no abundaban en la casa.

Nuestro héroe, a quien la pobreza afligía muy poco, iba por la calle balanceando al brazo su bolsa de arpillera y silbando una alegre marcha militar. De pronto llegó a sus oídos el aullido penetrante de un perro maltratado. Se detuvo, y vió a unos cuantos muchacho-

tes divirtiéndose en hacer sufrir, en la forma más estúpidamente cruel, a un lindo perro blanco lanudo, que lanzaba gritos desesperados entre las manos de sus verdugos.

Cuando vió José esa escena, quedó indignado y a la vez perplejo. Y tenía razón para ambas cosas: para lo primero, porque toda persona decente se irrita ante semejante espectáculo; y para lo segundo, por lo que vamos a explicar. José era «boy-scout», y por cierto, no de los que creen que para serlo es suficiente ponerse el traje color kaki y cargar el palo al hombro. Lo era de corazón: es decir, poseía las cualidades que hacen al buen «scout», y el traje no era sino su signo exterior. Una de esas cualidades era su compasión por todos los dolientes, ya fuesen hombres o animales, y su buena voluntad para socorrerlos. Aquí, sin embargo, el caso se presentaba difícil, porque se trataba de hacer frente a tres o cuatro muchachos grandes; cada uno de los cuales podía darle vuelta de una trompada. ¡Cualquiera se exponía a eso!

Pero un nuevo aullido lastimero del perro hizo que José olvidara todas sus vacilaciones y avanzara resueltamente a cumplir con uno de los deberes primordiales de los «scouts»: acudir en defensa de cualquier ser viviente injustamente agredido, aunque solo sea un pobre animalito.

—¿No les da vergüenza maltratar así a un pobre animal?—increpó a los muchachos.

Estos, azotacalles de la peor especie, le miraron con asombro burlón y a la vez irritado:

—¿Y a vos qué te importa?—dijo uno.

—Me importa, porque me da lástima oír gritar a ese perro.

—¡Véanlo! — observó otro, con sorna. — ¡Véanlo al angelito delicado! Si no salís de ahí, te vamos a hacer gritar también.

Y dió un paso hacia José, mientras hacía un guiño a los demás para que le cortaran la retirada. José los esperó a pie firme, aunque muy pálido. Estaba dispuesto a arriesgar una lucha tan desigual para salvar al perro, el que parecía comprender la buena intención y tiraba desesperadamente de la cuerda a que estaba atado, tratando de llegar hasta José. En este momento tan crítico se le ocurrió al chico una idea salvadora.

—Les compro el perro,—propuso.

—¿Qué vas a comprar vos, pordiosero! ¿Con qué?

—Con plata, pues.

Los muchachos se miraron.

—¿Y cuánto das?—preguntó uno.

—Veinte centavos,—dijo José, con prudencia.

Los otros largaron la carcajada.

—¡Veinte puntapiés te vamos a dar, estúpido! ¿Crees que por esa miseria te lo vas a llevar?

—Bueno, treinta.

—¡A treinta el lindo perrito! ¡A treinta! ¡A treinta! ¡Nadie da más?—le contestó un coro burlón.

José subió hasta cincuenta, hasta ochenta y por fin ofreció un peso.

—Ponele veinte más y te lo damos.

José metió la mano en el bolsillo y sacó un peso y veinte centavos.

—Bueno, tomalo, y buen provecho te haga—le dijeron los muchachos, entregándole el perro, y gritándole, a guisa de despedida, una sarta de palabrotas.

II

José tomó el animalito en brazos y echó a correr, por si acaso. Y sólo cuando se detuvo en la puerta de su casa, se le ocurrió de pronto que el dinero que había pagado no era suyo, que estaba destinado a comprar provisiones en la feria, y que él no tenía el menor derecho de gastarlo en otra cosa. ¿Qué diría su madre cuando le viera llegar con el perro bajo el brazo y nada en la bolsa ni en el bolsillo?

Pero no había que hacerle. Debía asumir la responsabilidad de sus actos, como buen «scout».



...y se lo ofreció a su madre en el día de su cumpleaños...

él al patrón, cuya autoridad era superior a la de todos los demás. Había que ver los saltos y las fiestas y la delirante alegría del animalito cuando José volvía a casa, a tal punto que el muchacho tenía que ponerse serio y decirle: ¡Bueno, basta! para que Cacho se sosegara un poco.

—José, ¿por qué no le «sacas» el retrato a Cacho?—dijo Isabel un día.

—Podría probarlo,—respondió José, que tenía mucho talento para el dibujo y trataba de copiar cuanto veía.

Preparó su material e hizo sentarse a Cacho en un banquito.

—Estate quieto, bicho feo, te voy a hacer el retrato,—ordenó, y Cacho, muy serio y

juicioso, se quedó sentado, mirando lo que hacía su amo.

José se entusiasmó con su obra y puso en ella toda el alma. Para un muchacho sin más conocimientos de dibujo que los adquiridos en la escuela era realmente un trabajo notable. Había acertado con extraordinaria precisión el aire de cómica gravedad de la cabecita lanuda. Después, José hizo un marco para el cuadrito y lo ofreció a su madre en el día del cumpleaños, dándole al mismo tiempo una alegría y una pena. La aflicción de la madre y del hijo era la falta de medios para que José pudiera estudiar el dibujo y aprovechar su hermoso talento.

IV

Cierto día, José y sus hermanitas jugaban con Cacho en la acera delante de la casa. No repararon en un elegante automóvil abierto que pasaba a marcha lenta y en el que iban un caballero, una señora y dos niñas. Cacho, empero, lo vió, y de pronto voló por el aire, o así les pareció a los chicos, pues se lanzó, de un solo salto, dentro del automóvil, ladrando y llorando y lamiendo las caras y las manos de los que iban en él y dando muestras de frenética alegría.

—¡Cacho! ¡Cacho! ¡Aquí, Cacho!—gritaban los chicos; pero, por primera vez, Cacho no hizo caso. La gente en el automóvil le acariciaba entre exclamaciones gozosas. Luego, el señor se encaró con José y le dijo en tono desabrido:

—¿De dónde has sacado este perro que nos robaron hace seis o siete meses?

José se volvió encarnado ante el tono y la mirada. ¿Le creerían ladrón? Pero Isabel, que no estaba dispuesta a dejar insultar a su hermano, vino valerosamente en su ayuda.

—¡Mi hermano no es ningún ladrón! ¿sabe? —exclamó con su vocecita chillona.—Se lo compró a unos muchachos que lo estaban maltratando y pagó... ¡uno y veinte! ¿sabe?

La defensa fué tan inesperada y enérgica, y tan cómica a la vez, que todos, sin excepción, tuvieron que reír.

—Si es así—dijo el señor,—le devolveré el dinero a tu hermano y le doy las gracias además.

Y ofreció a José un billete de cinco pesos. Pero el muchacho sacudió la cabeza y respondió con dignidad:

—No, señor, no aceptamos dinero. Si el perro es suyo, lléveselo no más.

El caballero le miró con asombro, y por primera vez reparó en su aire de caballero. En el mismo instante llegó la madre de José y vió, con sorpresa, la escena.

—¿Qué sucede?—interrogó.



Lo primero que vieron todos al entrar fué el retrato de Cacho...

Sus hijos se lo explicaron y ella corroboró lo que había dicho Isabel. Entonces la señora del automóvil, que era muy fina y había observado hasta entonces sin decir nada, pidió permiso para entrar y tomar un vaso de agua. No era sino un pretexto para conversar y averiguar quién era ese muchacho tan hombrecito y de buen corazón.

Lo primero que vieron todos al entrar fué el retrato de Cacho, que con sus ojos redondos y brillantes les miraba desde la pared.

—¿Quién ha dibujado eso?—exclamó el señor sorprendido.

—José, señor,—dijo la madre.—Tiene mucha

disposición para el dibujo; pero no puede dedicarse al estudio, porque tiene que trabajar.

—Es una lástima, porque realmente es un dibujo notable,—observó el señor, examinando el cuadrito. Hizo algunas preguntas a José con su modo algo brusco, mientras la señora conversaba amablemente con la madre, y Rosalía e Isabel mostraban a las otras niñas las pruebas que había aprendido a hacer Cacho. En cuanto a éste, cuyo nombre verdadero era Mono, saltaba de uno a otro y parecía haber perdido el juicio.

Por fin, la familia se despidió, dando las gracias a José por haber salvado al perro de las manos de sus atormentadores. El señor le dió una palmada en la cabeza y prometió:

—Todavía hablaremos, amiguito.

Después se marcharon, llevándose a Cacho, que no acababa de despedirse y aullaba alternativamente de dolor y de alegría; y José, Rosalía e Isabel se echaron a llorar en coro.

Pero a los pocos días volvió la señora con sus hijitas y Cacho—o Mono—y expuso el ofrecimiento de hacer aprender el dibujo a José, para recompensarle—dijo sonriendo—por el peso y veinte centavos que había gastado en rescatar a un infeliz animalito.

José se conmovió de tal modo al abrírsele tan inaudita y espléndida perspectiva, que le saltaron las lágrimas. Pero Cacho, que no

podía ver llorar a nadie, saltó sobre sus rodillas y de un solo «lambetazo» (para emplear la expresión de Isabel) se las limpió. Y así, el llanto se trocó en risa, y después no hubo más lágrimas, sino mucha alegría y felicidad.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

FIN.

